



A esa hora y en ese sitio, la bomba estaba puesta para matar. Es lo que hizo.

Atentado en Malasaña

PASAR NO BASTA

ESTOS que "pasan de todo", quizá empiezan ya a comprender que los demás no les dejan: que no pasan de ellos. El pasotismo, ¿es un humanismo?, se preguntaba Umbral en la última página del mismo número dominical de "El País" que, en la primera, informaba de una bomba mortal en la calle de Malasaña, en el mismo corazón del barrio de los pasotas. Primera y última página, alfa y omega de una aventura difícil. "No se puede vivir sin isla de oro, sin continente de luz, sin utopía, y (escribo) que esta generación límite (claroscuro muchacha) ya no cree en el futuro ni se plantea el presente", decía Umbral. El presente era una bomba de cuatro o cinco kilos de amonita en una esquina medio artesana, de un barrio medio recuperado. Destrozó una vida joven —Salomé Alonso Varela, veintiocho años—, casi se llevó otra —su marido, abogado laboralista— e hirió a una decena de personas. Era sábado por la noche, ya casi domingo.

A esa hora y en ese sitio, la bomba estaba puesta para matar. Quizá no bien calculada la distribución política de la muerte: los sábados por la noche no son los habituales del barrio los que están en las calles y los cafés, sino los que van a verles. Como los que van los sábados en Roma a ver a los marginados de la Plaza Navona, como los que iban en París a ver los existencialistas de Saint-Germain des Près, en otros tiempos. O al Greenwich Village de Nueva York. Casi un mismo tipo humano que transmigra en el tiempo, que cambia de atuendos, de nombres genéricos, muy poco de costumbres, pero que trata siempre de lo mismo: de negar lo negativo de una sociedad agresiva ("se busca ejecutivo agresivo", siguen diciendo los anuncios de empleo), de una sociedad dura con el humanismo perdido, con las utopías destrazadas. O quizá la bomba —los asesinos de la bomba— no se habían equivocado; sino que acertaban al buscar las víctimas entre los visitantes del

barrio: para que no vayan, para que la zona se convierta en gueto. Ya hubo varios intentos de gueto: desde una periferia matona y navajera, que tenía su centro en el Drusgtore de Fuencarral, alguna concentración medio provocadora de cualquier Falange en la misma plaza y unos controles policíacos persistentes.

No se sabe por qué, ni por quién, comenzó a crearse ese núcleo. Quizá por su belleza antigua y provinciana, quizá por una tradición del barrio de *manolas* y *chisperos*; porque el barrio de Malasaña estaba todavía como marginado él mismo del énfasis urbano de los últimos cuarenta años, y conservaba tejas y barro de otros tiempos. Empezó en los chiringuitos de horchata y agua de cebada en la vieja plaza, junto al arco de Montaleón; se fueron formando comunas en los inmuebles que desertaban los vecinos que habían tenido mejor fortuna —que creían ellos— y se iba a mejores barrios. Aparecieron tiendas de artesanía y de pe-

queños objetos. Se hicieron un par de cafés a la antigua usanza, de los que había desahuciado el otro Madrid; algún restaurante para los visitantes del sábado por la noche. Se hicieron fiestas: en algunas de ellas brilló un grupo juvenil de desnudos que se hicieron famosos. Volvieron las viejas verbenas...

Alguien dice que es "una respuesta a lo de Zaragoza"; no renuncian a capitalizar lo que se sabe a ciencia cierta que fue un accidente; hasta la voracidad levantisca de Fraga —¿para qué habrá estudiado tanto ese hombre?— sopla sobre las cenizas del trágico incendio, utiliza los muertos. Los carroñeros no cesan. Alguien dice que es una respuesta a "lo de California 47", pero nadie sabe todavía qué fue, quiénes fueron los de California 47. Nada de eso tiene sentido.

Pero las gentes del 2 de mayo ya saben que con pasar no basta. Aquí no hay quien pase: le matan también. ■